

**Deirdre
McClos-
key**

Ni el clima ni la geografía ni un mejor marco institucional ni el acceso privilegiado a materias primas ni la presión demográfica son elementos que expliquen el gran proceso de enriquecimiento experimentado por Occidente, primero, y el resto del mundo, después, a partir de la Revolución Industrial. La clave está en las ideas, y en unas ideas muy concretas: las del liberalismo clásico, que establece que todos somos iguales ante la ley y todos somos sujetos de dignidad.

SEGÚN E STA
CATEDRÁTICA
DE LA
UNIVERSIDAD DE
CHICAGO, LA
CLAVE DE
NUESTRA
ACTUAL
PROSPERIDAD
NO SON LAS
INSTITUCIONES
NI LA
ACUMULACIÓN
DE CAPITAL,
SINO ALGO
PREVIO: "EL
TRIUNFO DEL
LIBERALISMO, LA
CONVICCIÓN DE
QUE TODAS LAS
PERSONAS
HEMOS SIDO
CREADAS
IGUALES Y
SOMOS SUJETOS
DE DIGNIDAD"

POR **LUIS
TORRAS**

Las ideas el motor del cambio en la historia

Esta es la provocadora y atractiva tesis de la brillante economista liberal de la Universidad de Chicago Deirdre McCloskey (nacida Donald McCloskey, Ann Arbor, 1942), autora de una veintena de libros sobre mercados, liberalismo e historia, entre los que destaca la trilogía *Las virtudes burguesas*.

Pregunta. ¿Qué es lo que sucede alrededor de 1700 para justificar el gran crecimiento económico del mundo desde entonces?

Respuesta. En Inglaterra y Escocia tiene lugar un cambio generalizado en la actitud de la política y la sociedad en general hacia la idea del comercio y la actividad empresarial, que hasta entonces siempre se habían visto con gran recelo. Se trata de un cambio revolucionario que provoca, especialmente a partir de 1800, una gran explosión en el número de innovaciones. Y la clave de bóveda de este gran proceso es la emergencia y el triunfo del liberalismo, la idea de que todas las personas he-

mos sido creadas iguales y somos sujetos de dignidad.

P. Históricamente, el grueso de las explicaciones sobre los orígenes de la Revolución Industrial se habían centrado en factores como la presión demográfica, el imperialismo o las instituciones. ¿Por qué se había infravalorado el papel de las ideas?

R. Prácticamente durante el último siglo hemos aceptado, quizás muchas veces sin saberlo, las flaquezas propias del análisis

marxista. Este esquema establece, básicamente, que las ideas son producto de la correlación de las fuerzas de producción. Desde esta óptica, todo se reduce a una dialéctica materialista en la que las ideas no importan, una premisa en la que el propio Karl Marx creyó firmemente. La infravaloración sistemática es resultado de algunas herencias del marxismo, y pese a todo, sigue muy presente. Evidentemente se trata de una proposición falsa: las ideas importan, y mucho. Son el motor de cambio de la historia, algunas veces para bien, otras para mal.

P. Una parte de esta herencia marxista es el propio término de capitalismo.

R. La palabra evoca la idea de que nuestro sistema económico se basa en la mera acumulación de capital. Sin embargo, esta acumulación es la consecuencia, no la causa, que son de nuevo las ideas. La innovación es el

verdadero motor del sistema de libre mercado, no la acumulación de capital. Por eso, a mí me gusta hablar de innovismo más que de capitalismo. Estos descubrimientos fueron concebidos necesariamente por personas libres. De ahí la importancia central del liberalismo en todo el proceso. Es la idea de libertad y dignidad para todos la que permite que cada vez un mayor número de personas pueda decidir sobre su vida, sobre su propiedad y sobre su dinero, lo que dio lugar a una explosión económica sin precedentes.

P. Una de sus ideas clave es la afirmación de que la propiedad privada o un marco jurídico eficiente no bastan para facilitar el progreso, como sostienen los institucionalistas.

R. La existencia de un régimen de propiedad privada y un sistema de leyes eficaz no es suficiente en el sentido de que es imprescindible contar con una ideología favorable a la innovación para que las instituciones se pongan al servicio de la creación de riqueza. A lo largo de la historia encontramos muchos episodios en los que ha existido un marco institucional notable, pero no un verdadero progreso económico y humano. Pensemos en el Imperio Romano, que siempre contó con un robusto sistema jurídico, pero donde la idea de beneficio y el resto de actividades empresariales se contemplaban con suspicacia. Esta percepción también caracterizará gran parte de la Edad Media y limitará enormemente la capacidad de prosperar.

P. Uno de los protagonistas de su trilogía *Las virtudes burguesas*, el gran antagonista del progreso, es el estamento que usted denomina "la clerecía". ¿En qué consiste y por qué se opone por sistema a las ideas de comercio y de beneficio?

R. La clerecía es ese grupo numeroso dentro de los intelectuales, los artistas, los periodistas y el resto de la clase educada contrario a la libertad 

a veces para bien y a veces para mal"



No basta con un sistema de leyes eficaz. El Imperio Romano lo tuvo, pero no prosperó porque recelaba del beneficio”

“La igualdad total es irreal. ¿Qué hacemos? ¿Golpeamos a los listos para que todos seamos igual de tontos?”

“Contemplar la creación de riqueza como algo negativo solo puede inspirar políticas económicas equivocadas”

“La gente demanda hoy de los gobernantes mayor seguridad, no mayor libertad”



Deirdre McCloskey

de comercio y que recela por sistema de las innovaciones. Sobre el porqué de esta oposición existen varias teorías. Una es que se trata de personas que valoran más la retórica y las palabras que la ética y los hechos, lo que los empuja a tener una idea negativa del beneficio. También existe una dinámica perversa entre padres e hijos, ya desde mediados del siglo XVIII, cuando una parte muy significativa de la clerecía estaba constituida por los hijos de burgueses y empresarios, no por sus trabajadores, que en vez de seguir construyendo en positivo sobre el legado de sus padres lo atacan frontalmente. Siendo franca, los motivos los desconozco.

Vladimir Lenin era hijo de una familia acomodada y se refería abiertamente como “tontos útiles” a los intelectuales occidentales que dieron cobertura moral a la Revolución bolchevique y que luego defendieron que el comunismo, la negación del beneficio, era algo bueno.

P. Uno de los grandes temas de la clerecía actualmente es la igualdad material. ¿Es otro elemento más de la herencia marxista?

R. El problema con la igualdad material como objetivo es que es imposible de alcanzar. Hay personas que son más inteligentes o más ambiciosas, o que valoran más su tiempo libre y no están dispuestas a pasar tantas horas en una oficina, por mencionar únicamente algunas de las circunstancias más evidentes. ¿Qué hacemos? ¿Golpeamos la cabeza de la gente inteligente para que todos seamos igual de estúpidos? No tiene sentido... Además, la búsqueda de la igualdad material entra en conflicto con los principios fundamentales de una sociedad libre. En cambio, sí sabemos reducir la pobreza, que además constituye un bien moral, a diferencia de esa pretendida igualdad material. Basta con recordar los dramáticos resultados obtenidos cuando en el pasado se intentó poner en marcha esa empresa.

P. El otro gran protagonista de la historia es la gente corriente, verdadero motor de cambio en el ámbito de las ideas y valores. En este sentido, ¿podemos afirmar que también parte importante del declive relativo de Occidente es culpa nuestra?

R. Este es un aspecto central. Hasta cierto punto se trata de un fenómeno inevitable: a me-



didada que nos volvemos ricos, desarrollamos modos más sofisticados de seguridad. Arriesgamos menos, creamos menos y disfrutamos más de lo ya generado. La naturaleza humana tiende más a la comodidad que a la libertad. Lo observamos cada día en la política: la gente demanda de los gobernantes mayor seguridad, no mayor libertad.

P. Dentro de esta visión de la historia, ¿hay alguna contribución en el campo de las ideas especialmente importante por parte de los primeros escolásticos españoles?

R. Sin ser una experta en la materia, los escolásticos españoles fueron los primeros en teorizar la economía como un sistema de suma positiva. Santo Tomás de Aquino, por

ejemplo, nunca alcanzó a entender las implicaciones del intercambio libre. Su análisis no va más allá del tú me das esto a cambio de que yo te dé esto otro. Sin embargo, en el seno de la Escuela de Salamanca se teoriza sobre la ganancia extra en el proceso de intercambio que hace que la suma de uno y uno sea más que dos. Supone un cambio fundamental.

P. Una de las personalidades que usted más reivindica en sus libros es la de Benjamín Franklin, que considera un ejemplo de liderazgo moral, capaz de asumir riesgos en todos los ámbitos.

R. Una de las fortalezas de Estados Unidos (y de Europa, aunque algo menos) fue la de contar en su día con grandes líderes morales. Franklin nunca fue una persona de mentalidad funcional sino un emprendedor en todos los terrenos, también en el intelectual. Una persona abierta y generosa, además, que nunca patentó ninguna de sus muchas invenciones. Hoy contamos con otros perfiles de liderazgo, como Steve Jobs, una figura venerada en Estados Unidos.

P. Esta sana admiración de Estados Unidos por los grandes empresarios contrasta, por desgracia, con la actitud que a veces tenemos en España, en donde aún se recela mucho del beneficio ajeno. ¿Es este nuestro mayor hándicap a la hora de converger con otros países anglosajones y del norte de Europa?

R. Es un problema enorme contemplar los beneficios y la creación de riqueza como algo negativo. Es una mentalidad pésima, y pesimista, que se corresponde con la visión que considera la economía un juego de suma cero. Cualquier política económica que desarrollemos a partir de esta premisa estará profundamente equivocada, porque simplemente es una premisa falsa. El beneficio es una señal que informa al mercado de lo que las personas valoran más o menos en cada momento. Como los precios, se trata de un potente mecanismo de coordinación. Pero la mentalidad pesimista considera el beneficio como una especie de tributo con el que el innovador grava al resto de la sociedad, una idea profundamente equivocada y dañina que todavía limita el bienestar y el crecimiento de muchos países. ■